El ensayo de la segunda voz

Texto original · Shyvirelle · relatoscortos.org

La primera vez que la oyó, Inés pensó que alguien se había adelantado a la entrada. No era raro. El coro de San Jerónimo llevaba semanas preparando el concierto de invierno y la segunda voz tenía una frase difícil, dos notas que parecían subir para terminar cayendo. Inés todavía contaba los pulsos con los dedos dentro del bolsillo.

Abrió la boca en el cuarto compás. Un instante antes, desde algún lugar detrás de su oreja, una mujer cantó exactamente su frase. No hubo tiempo para equivocarse: cuando Inés llegó al último sonido, ya estaba sonando el silencio que debía venir después.

Darío, el director, dejó de mover las manos.

—Otra vez desde la letra B —dijo.

Los demás obedecieron. Inés miró a las dos mujeres que compartían su cuerda. Una tenía los labios apretados, la otra seguía con el dedo la partitura. Ninguna pareció haber oído nada.

La frase se repitió. La voz ajena llegó primero, tan cercana que Inés sintió un aire frío en el cuello. Darío no detuvo el ensayo. Al contrario: levantó una mano para pedirle que cantara más fuerte.

Al salir, Inés le preguntó si alguien había grabado las voces antiguas para que los nuevos las aprendieran.

—Aquí aprendemos escuchando —respondió él, enrollando el cable del teclado—. Es la ventaja de pertenecer a un coro con historia.

Ella no volvió a mencionar la grabación. Había aceptado la plaza porque se le daban bien los instrumentos desafinados. Reparaba pianos de alquiler y armonios de iglesia, y sabía distinguir el silbido de una correa del temblor de una cuerda. Pero no encontraba aparato alguno que explicara una respiración a centímetros de su oído.

El segundo ensayo comenzó con una ausencia. Leonor, la contralto que llevaba treinta años en el coro, se presentó con una bufanda y dijo que había perdido las notas graves. Abrió la boca para demostrarlo. Salió una voz delgada, como si alguien hubiese recortado el centro de cada palabra.

—Será el frío —opinó un tenor.

Darío le dio una taza de agua. Le ofreció descansar, pero no la mandó a casa. Cuando empezó la pieza, Leonor movió los labios sin sonido durante cuatro compases. Entonces la misma voz grave que Inés había oído la semana anterior ocupó su lugar en la sala. Nadie se volvió. Todos cantaron apoyándose en ella.

La sensación fue peor que el miedo: fue alivio. El acorde quedó perfecto.

Después, Inés encontró a Leonor junto al lavabo, intentando decir por teléfono que faltaría al cumpleaños de su nieta. La anciana repetía «no me escuchas» y al otro lado alguien insistía en que la llamada se cortaba. Inés oyó cada palabra con claridad; lo que no llegaba al teléfono era la voz de Leonor.

—Cuando estoy con vosotros, parezco estar hablando desde otra habitación —murmuró ella—. Me pasa desde la pieza nueva.

Inés le pidió ver su partitura. Era una fotocopia gris, sin compositor ni fecha. Las notas estaban bien trazadas, pero sobre varias líneas se apreciaban raspaduras hechas antes de copiar: una serie de nombres eliminados con tanta fuerza que en el papel original debían de quedar surcos.

—¿Quién cantaba esta parte antes? —preguntó Inés.

—Marta. Y antes, Elisa. No recuerdo el apellido de Marta. El director guardaba un registro, hasta que decidió que los nombres confundían a los nuevos.

Esa misma noche, mientras afinaba un piano en una escuela vacía, Inés tarareó la entrada para encontrar el intervalo exacto. La otra voz le dio la última nota antes de que la alcanzara. Apagó el metrónomo. El sonido no se detuvo.

—No estoy ensayando —dijo en voz alta.

—Todavía —contestó alguien con su misma entonación, pero una fracción de segundo antes de que ella pensara en esa palabra.

Inés se tapó la boca. La segunda voz no necesitó que ella la abriera para terminar la frase: «...no has terminado».

Al día siguiente volvió a San Jerónimo antes del ensayo. Bajo el escenario había un armario con carteles de conciertos, programas amarillentos y cajas de cintas que olían a polvo caliente. Encontró treinta años de fotografías: filas de personas en distintas edades, siempre delante del mismo telón azul. Algunas aparecían en una temporada y desaparecían en la siguiente. Las fotografías no estaban firmadas, pero cada programa guardaba el reparto de voces, incluso las sustituciones de última hora.

Copió nombres hasta llenar su cuaderno. En un cartel de hacía doce años reconoció a una muchacha que ocupaba el lugar de Leonor. Se llamaba Marta Urrutia. En la edición anterior figuraba Elisa Varela. En otra, una soprano tenía el mismo nombre que una mujer de las partituras borradas: Celia Dalmau.

Darío la encontró con el cuaderno abierto.

—No se entra aquí sin permiso.

—Me dijiste que escucháramos la historia del coro. Quería saber a quién escuchamos.

Él miró el programa que tenía en la mano. Por primera vez pareció tan viejo como las fotografías.

—Los nombres pesan —dijo—. La gente se va, se enferma, muere. Los nuevos necesitan un lugar libre en la página.

Inés señaló los huecos raspados.

—¿Y qué sucede cuando alguien canta una parte sin saber el nombre de quien la cantó?

Darío tardó demasiado en responder.

—La sala recuerda —dijo al fin—. Es una costumbre que no inventé. Mi maestro dejaba los nombres en las partituras. Yo los quité cuando perdimos a Celia. Quería escucharla una vez más.

—¿Y luego?

—Luego el coro siguió sonando. Aunque faltaran personas. ¿Sabes lo que cuesta reunir treinta voces cada diciembre? El año pasado bastaron diecinueve. Podríamos cantar aunque ninguno de nosotros volviera a estar aquí.

Inés pensó en Leonor intentando hablar por teléfono.

—No estás guardando voces. Estás haciendo que alguien más se quede sin la suya.

Darío no lo negó. Se limitó a cerrar el armario y a pedirle que estuviera lista para el concierto del sábado.

Para comprobarlo, Inés llevó dos copias al ensayo: en una escribió sobre la línea de Leonor «Marta Urrutia»; en la otra dejó el hueco. Cuando la anciana cantó leyendo la copia sin nombre, la voz grave apareció desde las filas vacías. Cuando Inés le mostró la otra, oyó un suspiro largo, como de quien por fin puede retirarse. Leonor cantó tres notas propias. A la cuarta, Darío le arrebató el papel.

—No hagas experimentos con la obra.

Pero el ensayo ya estaba roto. Los tenores discutían porque uno empezaba cada frase escuchándose a sí mismo a destiempo. Una soprano no pudo decir «buenas noches» sin que otra boca invisible pronunciara «noches» antes. Darío insistió en que todo era cansancio y cambió el orden de los números.

Inés se llevó el cuaderno. La lista de antiguos integrantes era incompleta. Había apellidos repetidos y años sin programa. Preguntó a Leonor por quienes había conocido. Llamó a la secretaria que había organizado conciertos antes del cambio de director. Escuchó recuerdos imprecisos, corrigió dos iniciales y dejó en blanco los lugares que no podía identificar. No quería adjudicar un silencio a la persona equivocada.

El sábado, media hora antes de empezar, pegó hojas con nombres sobre las partituras originales. No escribió un nombre al azar sobre cada hueco: buscó la entrada, la cuerda y el año de cada registro. Donde no tenía certeza, anotó «parte sin identificar». Ese espacio no devolvió ninguna voz, pero impidió que los cantantes lo confundieran con una plaza vacante que debían llenar.

Darío la descubrió en el escenario. El público entraba ya por las puertas laterales.

—Si haces esto, perderemos el sonido que hemos construido.

—Leonor apenas puede llamar a su nieta.

—La voz de Celia todavía está aquí —respondió él, casi suplicando—. Cuando ella murió, yo no pude encontrar una sola grabación completa. Aquí la escucho respirar.

Desde el pasillo se oyó una nota sostenida. Era una voz hermosa, pero no había aire al comienzo ni fatiga al final. Inés miró el programa donde figuraba el nombre de Celia. Darío seguía sosteniéndolo como se sostiene una fotografía frente a una ventana.

—Escucharla no te da derecho a usar a los vivos para mantenerla cantando.

Darío dejó caer el papel.

Empezaron porque ya había gente sentada. Darío dio la señal. En la primera frase, una voz se adelantó desde las gradas. En la segunda, tres voces corrigieron a los cantantes antes de que cometieran el error. El público miraba a los lados, buscando un coro oculto.

Inés cerró su partitura.

—No podemos continuar —dijo, sin elevar la voz.

Darío siguió marcando el compás. Inés dio un paso al frente y leyó en voz alta el primer nombre recuperado: «Elisa Varela, contralto». En el aire quedó una nota suspendida; luego se apagó como la última cuerda de un instrumento que nadie toca.

Leyó otro: «Marta Urrutia, contralto». Leonor respiró con dificultad. Cuando pronunció «basta» se oyó su voz real por encima del murmullo del público.

Uno a uno, los integrantes alzaron las hojas anotadas. Una soprano dijo el nombre de su antecesora. Un bajo lo leyó mal, corrigió el apellido y esperó a que se extinguiera la vibración

que le había robado las palabras. Los nombres que faltaban quedaron sin pronunciar. Por primera vez, el coro aceptó un hueco sin intentar cubrirlo.

Darío bajó los brazos. No hubo concierto. Hubo personas explicándole al público, con voces todavía temblorosas, por qué no podían seguir. Algunos se fueron molestos; otros permanecieron en silencio, escuchando a Leonor decir el nombre de su nieta en el teléfono.

La sala dejó de afinarse sola. El acorde perfecto de treinta años desapareció. Inés notó que ya no había una mujer terminándole las frases y dijo «puedo volver a cantar» sin que nadie se adelantara.

Al guardar las partituras, se probó una nota cómoda. Su voz llegó entera, con su pequeña aspereza habitual. Detrás de ella apareció un intervalo mínimo, una nota que no pertenecía a la melodía ni a ninguna de las voces nombradas.

Inés trató de corregirla como habría hecho con una cuerda desafinada. Subió el tono, bajó el tono, escuchó. La nota se movía con ella y permanecía siempre a la misma distancia. No era la segunda voz de antes: ya no completaba nada, ya no pedía prestada una garganta.

Salió al aire de la calle y volvió a cantar. Por primera vez en años, tuvo que dejar una nota sin afinar.